



# Esta magnífica obsesión



**B**alanceándome en el alero del ventanal de un departamento en el piso 9 frente al puerto de Cartagena, en Colombia, pasé muchas horas de mis vacaciones infantiles con la quijada apoyada sobre las rodillas, oteando el horizonte. Tanto, que a los siete años me había convertido en una gárgola de los mares, una veterana centinela del Caribe. No podía dejar de mirar hacia el mar abierto: el agua que lanzaba destellos plateados por las mañanas, azul cobalto al mediodía y color vino al anochecer, era un poderoso imán de fantasías.

En ocasiones me veía como un mascarón de proa pegada al casco de algún buque explorador, protegida por lentes de sol y hundiéndome con ímpetu entre las olas, en medio de alguna urgente misión. Había que llegar a tiempo, antes de que desaparecieran las redes que envolvían a la ballena arponeada. Había que salvar al capitán herido del pequeño velero que iba camino de estrellarse contra las rocas. Había que rescatar el frasco de cristal con las muestras de algas que tenían el potencial de curar a los ciegos. Siempre había algo que hacer.

Si fantasear es echar globos, entonces los de mi niñez eran más bien grandes velas solares que trascendían las barreras del

espacio-tiempo. Pero eso sí, siempre tenían un elemento de ciencia y exploración, de ir a buscar algo, descubrirlo y aprender de lo desconocido. Fácilmente me habría convertido en astronauta, piloto de sumergible, paleontóloga, arqueóloga, astrofísica, capitán de buques antárticos, o bióloga marina. Me veía plantando banderas en los lugares más extraños y hostiles dentro y fuera del planeta en nombre de la exploración y la ciencia. Pero entonces, una sabia hermana que tengo sugirió si no sería mejor optar sencillamente por escribir sobre todo ello. Y fue una decisión afortunada. Porque como periodista científica he podido visitar todos esos mundos de la mano de las mentes más brillantes y los expedicionarios más osados, formando parte activa del proceso del conocimiento.

Crearme un nicho escribiendo sobre ciencia para todos los públicos —mucho antes de que tal carrera se ofreciera en ninguna universidad estadounidense o hispana— tomó tiempo, pasión y perseverancia. En ese momento de mi incipiente ocupación como periodista en el *Nuevo Herald* de Miami, yo no podía definir lo que era un protón. O un quásar. O una roca sedimentaria. Las únicas proteínas

que mi vocabulario manejaba eran las que contenía la carne. No recordaba cómo se dividía una célula, ni qué sucedía cuando un virus entraba en un organismo.

Pero descubrí que si hacía bien mi tarea, enfocándome en un tema interesante y absorbiendo por mi cuenta tanta información como fuera posible, los expertos a quienes entrevistaba se compadecían de mí. Recibí incontables explicaciones de ciencia básica en las servilletas de papel de quién sabe cuántas cafeterías universitarias, dibujadas por toda suerte de especialistas y punteadas por su pasión —y por supuesto la mía—.

Entendí que la ciencia hay que vivirla *in situ* para contarla. Los reportajes se fueron acumulando, y entre los viajes aburridos, los laboratorios estériles, las picaduras de mosquitos, la falta de oxígeno y los colchones incómodos, aparecieron esos momentos —preciosos como el pigmento en las alas de las mariposas— en que la incertidumbre que normalmente rodea a la ciencia como un halo de niebla quedaba vencida por el sol del entender. Flotar en microgravedad dentro de un avión de entrenamiento para astronautas. Descubrir nuevas formas de vida a 2,000 metros bajo la superficie del Atlántico. Pisar el gélido Polo Sur Geográfico. Ver al mayor telescopio del mundo abrir por primera vez sus 'párpados' al Universo. Observar células de corazón unirse en un tubo de ensayo y comenzar a latir de modo espontáneo. Tocar la piel aterciopelada en la garganta de una ballena. Son retazos de colores que han ido quedando catalogados en la mente, escritos en mis diarios, publicados en los medios.

Así, han pasado casi tres décadas de estar empotrada en esta magnífica obsesión por conocer. Desde hace 12 años soy corresponsal en Estados Unidos para *Muy Interesante* de España, y a partir de ahora también lo seré de *Muy Interesante México*. Análisis, relatos, descripciones del reino natural, una ventana al mundo de la investigación. El objetivo de esta columna es compartir mis puntos de vista sobre el significado que tiene la ciencia en nuestra vida diaria. Pero también busco seducir al lector, como yo fui seducida por esa mezcla contagiosa y feliz de ciencia, exploración y conocimiento. **M**

